

LAS AMIGAS

Cuando Matilde fue a salir de su casa tocaron al timbre. Levanto la mirilla, cosa que hacia siempre y vio que era Anselmo, Entonces sin pensarlo, salió de puntillas al patio y se fue por el postigo, un poco avergonzada de su descortesía, pero si se quedaba hablando con él, no llegaría a tiempo de tomar café con sus amigas. A pesar de ir ligera, lleo tarde. Le abrió Lucia, dueña de la casa.

- Pasa Matilde, vamos dentro, que están todas esperando.

-Llegas, tarde Matilde. Tenemos la boca echa agua viendo estos dulces que están diciendo cómeme.

-Pues tú, Teresa, deberías seguir mirándolos, sin escuchar lo que dicen

-¿Lo dices por mi azúcar? No te preocupes por ella hermana, y piensa en tu tensión, en vez de mirar con ansia el café.

-Dejad ya el tema, que siempre estáis las dos igual, vamos a empezar.

-Que silencio hay en tu casa Lucia. Es raro no ver a ninguno de tus hijos y, lo más extraño, ¡es que no esté tu Alfonso! .

-Les he dicho a todos, que está tarde nos tocaba tomar el café aquí, así que se han marchado. A mí Alfonso le he tenido casi que empujar, para que saliese al portal. Este hombre, en cuanto vuelve del trabajo, no hay quien lo mueva del sofá.

-No me extraña lo que dices. Alfonso ha sido siempre algo lento y amante del sofá. Prefería quedarse acostado, que salir con sus amigos a divertirse.

-Pues, ha empeorado con los años Matilde. Ahora está aún más cómodo y como es más mayor su lentitud me exaspera. Fíjate que después de vivir juntos en esta casa más de cuarenta años, aún no he conseguido que me ayude en nada, ni siquiera mete sus platos en el fregador. Ahora, que salir conmigo lo hace todas las noches. Es lo único que hacemos juntos, tirar la basura.

-Lucía, tu misma has dicho que Alfonso es muy lento, si deja los platos fuera, no es por no ayudarte, sino que aún, no ha encontrado el fregador. Y no creo que tirar la basura, sea lo único que habéis hecho juntos. Ocho hijos no se encargan por teléfono.

-Matilde que lista eres. Lo que acabas de decir ha conseguido dejar muda a Lucia y hacernos reír a todas.¿ Ahora dime porque has llegado tarde? .

-Cuando iba a salir han tocado el timbre y era Anselmo así que he tenido que escapar por el postigo y dar un rodeo.

-¿ Hermana por qué no le dices seriamente, que no te interesa?.

-¿Y qué crees que he hecho miles de veces?.

- Matilde, pensándolo mejor, creo que debes casarte con él. Tiene muchos años y te durara poco, como no tiene familia, serías su heredera.

-Prefiero vivir de mi pensión y, si tanto te interesa el dinero, acéptalo tú.

-No puedo Matilde- ¿Que diría mi pobre Mariano?-

- Tu pobre Mariano ya no puede opinar, que bastante castigo te dio hasta que decidió morirse Estoy segura que donde este, va detrás de alguna mujer.

- No seas injusta hermana. Mi marido era un buen hombre, solo tenía ese defecto. Que le gustaban algunas mujeres.

- Todas las mujeres.

-Es cierto, pero cuando volvía a casa, estaba arrepentido y me decía que yo era la única mujer que quería, las demás no significaban nada.

- ¿Y tú lo creías, verdad?.

- Sí.

-Teresa, me sacas de quicio. No puedo con tu forma de ver las cosas, por eso no me casé.

- Perdona, Matilde, pero si no te casaste fue porque tú querías a mí Agustín

-¿!Que importa a quién quisiera, a estas alturas Julia!?.

- No hija, si te libraste de una buena. Si llego a saber lo que me esperaba, te lo regalo. Sus celos me han amargado la vida, hasta que dije basta. El día que me vio con las maletas hechas para irme de su lado, me prometió que no volvería a decirme una palabra más y lo ha cumplido. No me dice nada, lo que es un descanso, pero me sigue como un perro pachón, olfateando donde voy. Y si no, mira por la ventana María. En la esquina veras de vez en cuando asomar un sombrero; debajo está mi Agustín Efectivamente, de vez en cuando asomaba un sombrero que miraba la casa.

-Tu Agustín es tremendo. Pero volviendo a Anselmo, yo creo Matilde que le tienes manía. A mí no me importaría que me hubiese elegido.

-¿Tú no eras la que decías que nadie ocuparía el lugar de tu Antonio?.

-Si lo dije muchas veces. Pero llevo toda la vida sola, me duro tan poco el marido.

- Lo dices como si fuesen un par de zapatos que se rompen al estrenarlos.

-No, Matilde. Yo quería mucho a mi Antonio, pero aunque sea una mala comparación, algo así sucedió. Fue estrenarlo y morirse. Han pasado cuarenta y cinco años y recordarlo me pone enferma.

-Es que lo tuyo fue un caso. ¡Mira que perder el marido a las seis horas de casarse; ¿Que le hiciste?.

-Perdona, Julia, no lo perdí, se murió, que no es lo mismo. Los maridos se pierden con los años, no en la noche de bodas. Y, por favor, no me preguntes qué le hice, ya lo pase bastante mal, con la gente que fue a la vela, o sea todo el pueblo y los de fuera. Me miraban con unos ojos de sospecha, de duda como diciéndose.¿ Que le habrá hecho está mujer tan menuda y flaca al pobre Antonio?, tan fuerte y grande. Y por favor, dejemos ya a mi Antonio que descanse en paz.

- Eso digo yo.

Todas volvieron la cabeza al escuchar la voz de Alfonso.

-Alfonso que susto me has dado. ¿Qué haces aquí tan temprano?.

-No es temprano, son las seis y media de la tarde, está nevando, hace un frío que pela y en la esquina he visto un muñeco de nieve, que se parece mucho a Agustín

-Ay mi pobre Agustín, va a coger una pulmonía. Me voy a buscarlo.

Las amigas cogieron sus abrigos para marcharse. El café y la charla, había terminado. Lucia miraba extrañada las manos de su marido. En una llevaba el mocho de una fregona, la escoba y el recogedor. En la otra, una botella de lejía.

-¿ Se puede saber dónde vas con todo esto?.

- Mujer solo quería ayudarte, por si tienes que barrer los pellejos y desinfectar después el salón, con lejía.